

encontrarla fea, como amargamente se había quejado de ello Richard á Jorge.

Pero lo que no le había dicho, lo que no sabía, es que la había encontrado fea, porque por aquella época había visto á la niña de Didier y de Marcela y se había quedado extasiada ante su belleza.

No seguiremos á Carmen Lelievre durante estos tres años; no referiremos todos sus crímenes. Dedicaremos tan sólo unas páginas á su permanencia en casa de la baronesa de Roizel, donde Lucrecia Vitel, que no había desistido del empeño de vengarse de ella, consiguió hacerla entrar.

## XVII

A pesar de sus malos sentimientos para con el prójimo, Carmen no pudo hacer nada por algún tiempo, por ser imposible; para perjudicar á la señora de Roizel, ni encontrar mancha alguna en su vida.

Despechada y abatida, se dirigió á casa de la señora Vitel, y la dijo:

—No hay nada que hacer en esa casa; la virtud que hay allí ahoga.

—¿Estáis segura de ello?—preguntó Lucrecia con su aire calmoso y su voz tranquila.

—Completamente segura. La baronesa adora á su marido, no comprende á nadie más que á él, no ve sino por sus ojos. ¿Qué

secreto puede sorprenderse, qué misterio descubrirse en una vida tan tranquila, tan pura, límpida y clara como el agua de una fuente? Voy á perder en esa casa un tiempo precioso, que podría emplearse mejor en otra parte. Y en último resultado, la de Roizel no os ha hecho un daño grande...

—Habláis así, porque os parece bien,— dijo Lucrecia interrumpiéndola;—¿no fué ella quien se marchó del hotel de las Rocas Negras el día en que yo entré en él? ¿No fué quien exigió que me despidiesen de otros hoteles donde estaba yo? ¿No es bastante eso? ¿Tenía razones más serias para aborrecer á la marquesa de Tourves?

—¡Bien! Pero la marquesa había hecho eso con vos por motivos muy distintos. Os sacrificaba á vos, os inmataba sin compasión para hacer alarde de su virtud á los ojos del mundo. Quería hacer ver á todos

la distancia que separaba á una mujer como ella de una mujer como vos. A fuerza de ser severa con los demás, pregonaba en cierto modo la rigidez de sus costumbres. La de Roizel, por el contrario, no ha hecho nada de eso. Se ha marchado al acercaros vos donde ella estaba y ha hecho que os despidan de donde estabais porque tenía miedo de vos.

—¿De mí? No sé por qué.

—Pues sí, ¡estaba celosa! He estudiado de tal manera los celos en mí misma, que los conozeo y los saludo al paso cuando los encuentro en mi camino. Se conoce que el esposo de la baronesa se ha fijado en vos al encontraros en algún sitio público, y os habrá mirado con insistencia. Inmediatamente la baronesa ha sentido celos, y por prudencia se ha alejado de vos y ha hecho que os separen de ella. No hay en eso verdaderamente motivo para odiarla. Si yo

estuviese en vuestro lugar, me halagaría mucho. ¡Figuráos cuál sería mi alegría si me hicieseis el honor de no dejarme sola con vuestro esposo!

—No os haría ese honor, no por celos, sino por amistad hacia vos.

Carmen se sonrió á su vez y replicó al poco tiempo:

—Queda convenido, ¿no es eso? No insistiréis, pues, en que continúe dando lecciones de portugués y español á la señora Roizel. Es muy virtuosa, y eso me fastidia.

—Habláis muy bien—replicó la señora Vitel,—me habéis convencido por completo, y si no se tratase más que de mí, os diría que dejaseis hoy mismo á vuestra discípula. Pero os olvidáis de mi querido esposo.

—¿Qué tiene que ver en eso?

—Os presentará su lista y veréis... ¿No os acordáis de ella?

—No.

—Pues fijáos un poquito. El día que llegué á Trouville se quejó de dos personas que no le habían saludado en el vestíbulo del hotel, y para consolarle, le dije: «¡Apúntalos en la lista!» Al momento volvió la sonrisa á sus labios... Esa lista está siempre abierta; todos los que le han ofendido ó humillado están inscritos en ella. Lleva los libros con una regularidad perfecta. «Haber del señor X... una falta de atención.» «Debe el señor X... una reparación.» La reparación consiste en un disgusto, en un pesar que sufre dicho señor X, por mediación de mi esposo.

¡Ah! no dejamos pasar nada ni mi marido ni yo! Si yo no tengo lista como él, es porque mi memoria no me es infiel nunca. Nuestros amigos saben que pueden contar con nosotros en todas circunstancias; nuestros enemigos, por el contra-

rio, pueden temernos. Jamás hacemos daño á nadie... no queremos más que una cosa: gozar en santa paz de nuestra fortuna y hacer que se aproveche de ella la mayor gente posible. ¡Nos niegan esa paz, no se nos quiere á causa de esa fortuna, nos ultrajan, nos ofenden! ¡Muy bien! Pero nosotros devolvemos los daños á razón de ciento por uno; y estoy segura de que no opinaréis vos que hacemos mal.

—Seguramente que no.

—La casualidad quiere que el señor de Roizel se encuentre en la lista de mi marido. Desempeña un gran empleo en un ministerio, y en el ejercicio de sus funciones, ha tenido la desgracia de ofender cruelmente á mi marido, que acudió á su amabilidad. Por eso mi querido señor y dueño me le ha recomendado especialmente. Y en ese punto es intransigente. Es muy acomodaticio en muchos asun-

tos, pero que no se toque á su lista, esa es sagrada. Ha sabido que habíais entrado en casa de la baronesa, y al momento exclamó frotándose las manos: «Con Carmen marchará bien el asunto. Espero que cuidará de mis enemigos tan bien como de los vuestros.» Le causaríais un profundo disgusto si fueseis á tomar cariño á los señores de Roizel.

—No temáis eso; lo más me será indiferente. No digo más sino que á ese matrimonio le creo invulnerable.

—¡Bah!

—Sí... á no ser que os mezcléis vos en el asunto.

—¿Qué queréis decir?

—¿Por qué me habéis de dejar que obre sola?—siguió diciendo Carmen, riéndose.—Ayudadme, prestadme vuestro inteligente concurso. Bien podéis hacerlo por vuestro esposo.

—¡He hecho tanto por él!— dijo con su sonrisa glacial.— Sin embargo, veamos que género de concurso me pedís.

—¿No lo adivináis?

—No, os lo aseguro.

—Puesto que la señora de Roizel os tiene miedo, que huye de vuestra presencia por causa del barón, acercáos á él. Hacedos ver, haceos admirar, haceos amar de él. Ella sufrirá todas las torturas de los celos; son atroces, puedo asegurarlo; y os vengaréis.

—Olvidáis que no tengo nada personalmente que vengar. Trátase del mal proceder del barón con mi marido, y vuestro plan no puede convenirle. Produciría su efecto en la mujer; pero el marido quedaría libre. Porque, francamente, y sin orgullo, no sabría quejarme de él si tenía que buscar su sociedad y había de empeñarme en serle agradable.

—¿Lo creéis así?

—Por completo.

—Entonces, según vos, Didier de Prades ha sido el más afortunado de los hombres la noche en que, después de haberle puesto de manifiesto todas vuestras seducciones, de haberle embriagado y vuelto loco, le disteis con la puerta en las narices...

—Sin duda, puesto que al marcharse se encontró con vos.

—No os burléis de mí, os lo ruego, y responded á mi pregunta.

—No comprendo su utilidad. ¿Por qué hemos de hablar de Prades á propósito del barón de Roizel?

—Porque como vos agradáis á este último, os será fácil hacer que se enamore de vos, como llegasteis á conseguir que Didier lo estuviese, y porque se puede hacer sufrir cruelmente á un hombre que se

enamora seriamente. Vamos, tened un buen sentimiento en favor de vuestro esposo; es preciso de cuando en cuando hacer algo por él, aunque sea poco.

La señora Vitel se levantó, se acercó á Carmen, y la dijo sonriendo:

—¡Sois el ángel del mal!

—¡Querida hermana!—respondió Carmen, sonriendo también.

### XVIII

Después de haber cambiado entre sí estos sarcasmos, que parecían cumplimientos, las dos amigas, ó más bien las dos aliadas, volvieron á reanudar la conversación.

—Y al menos, ¿es agradable ese barón,

á quien, según vos, es preciso conquistar?—preguntó Lucrecia.

—¿No le conocéis?—preguntó Carmen.

—Ni poco ni mucho. Puede ser que me le hayan enseñado y no habré puesto atención.

—Es fácil. No creo que tenga ningún fluido magnético. Es un hombre pequeño, seco, nervioso, bilioso, linfático-nervioso, como dicen los médicos. Su mirada ordinariamente es fugaz, poco sostenida, pero muy viva cuando se digna fijarla sobre cualquiera persona ú objeto. Su nariz afilada se parece á la mía. No trato de hacerle favor, ya lo comprenderéis, y creo también que el barón se me parece por más de un concepto, y tiene mis defectos, mis vicios, si queréis. Acaso soy algo severa con él; pero la indulgencia y yo no hemos podido entendernos nunca. Sus labios son delgados y pálidos; los dientes

pequeños, blancos, finos, acerados: los dientes de un perrillo joven; son bonitos, pero muerden. La mano es blanca, el pie delicado. En una palabra, á pesar de tener algunos detalles agradables, el conjunto no agrada, y no me explico la pasión de la baronesa por él.

—Muy sencillo: ella le ama porque es su marido.

—¿Y basta eso?

—A ciertas mujeres sí. Hay tres clases de mujeres casadas: las que no sienten afecto á su marido por serlo; las que le aman aunque sea su marido, y, en fin, las últimas, las que aman con confianza, sin mirar, porque para ellas un marido personifica por sí solo el sexo masculino, pues el mundo comienza y acaba con él. Las mujeres de esta última clase son raras, convengo en ello; pero no se puede negar su existencia bajo el pretexto de que nos-

otras las conocemos tan sólo de oídas.

—Parecéis una arrepentida predicando; no he venido yo á veros para hablar de la virtud de la señora de Roizel, y de mi impotencia en dar principio á las hostilidades.

—Sí, sí, ya lo sé; pero queréis que entre en fuego; me echáis á mí el mochuelo... y no tengo muchas ganas de aceptarlo. Para hacer la conquista de un hombre, aun cuando no esté una decidida á enter necerse, si cae vencido á nuestros pies, es preciso estar una... ¿cómo diré yo?... á punto de caramelo, y el retrato que habéis hecho de él me ha descorazonado. Y os confieso también mi inquietud: temo no triunfar del linfatismo que padece ese sujeto.

—No, os he dicho linfático-nervioso, especie peligrosa, ardiente en frío, tenaz, dispuesto á todo por conseguir su objeto.

De un sanguíneo puede una verse libre con un derivativo: si ama á una rubia, ponedle enfrente una morena ú otra rubia; no se fija en el color. Un linfático ya es otra cosa: se pega á las desgraciadas que le han seducido, como la hiedra al árbol, hasta que se enlaza á ella. Los que obedecen tan sólo á su sangre y á sus nervios, no conocen, en general, la pasión; no practican más que su capricho. Pero mezclad un poco de linfa en los nervios y obtendréis Lecenaires en el crimen, en amor Otelos.

—Me causáis asombro—exclamó la señora Vitel—con vuestros razonamientos y vuestras observaciones. ¡Qué progresos habéis hecho desde que estabais en Trouville!

—He tenido buena maestra—replicó Carmen mirando á Lucrecia.

—¡Oh! no puedo yo aceptar todo el mé-

rito de vuestros progresos. La marquesa de Tourves, ¿no ha tenido alguna parte en ellos?

—No; la marquesa hablaba muy poco, no desarrollaba ninguna teoría. Era una mujer práctica.

Cambiaron entre sí una sonrisa, y poco después Carmen se despidió de Lucrecia.

.....

.....

.....

Después de haber reproducido esta conversación en sus Memorias, Carmen se limitó á poner algunas notas muy concisas respecto á la intriga que iba á entablarse entre Lucrecia Vitel y el barón de Roizel.

Ella le encontró por primera vez en el baile de la Ópera, donde había logrado hacerle asistir á una cita misteriosa.

El barón volvió del baile, aturdido, em-

briagado, fascinado por aquel dominó de raso, no sólo enmascarado, sino cubierto por oleadas de blondas negras.

No había visto más que la puntita de una oreja rosada, preciosa, en la cual estaba encajado un brillante de gran precio, y una boca adorable que tuvo la indiscreción de poner al descubierto levantando un poco la careta. Gracias también á ciertos privilegios permitidos en un baile de máscaras, y al deseo legítimo de proteger á la mujer con quien se habla de las brutalidades de la muchedumbre, de pie, cerca de los pilares de un pasillo y del palco núm. 25, tuvo, apretado contra el suyo, un pecho voluminoso y duro á la vez, sintiendo palpar bajo sus dedos un talle flexible y ondulante.

A las dos de la mañana, el dominó desapareció, dándole otra cita para el baile siguiente, y encargándole que se pro-

curase un palco en donde se reuniría con él en cuanto le viese. Carmen estaba al corriente de esta intriga por Lucrecia, y la dijo: ¿habéis observado que el barón esperaba con viva impaciencia la noche del sábado al domingo, y después de cada nueva *soirée* parece más pensativo, más inquieto de lo que estaba la semana anterior?

Es que Lucrecia despliega para seducirle sus coqueterías más refinadas. Ya se la vió cuando se ocupó de Prades, lo que era capaz de hacer en ese asunto. Aún es más hábil con su nueva víctima. Hácese conocer de él y ser admirada por porciones, por partículas; un día deja ver la barba, otro el pie; se entrega á sus ojos en detalle y sin pasar ciertos límites; es preciso un sitio en regla para conseguir que se quite el guante y que Roizel pueda tocarla con los labios.

Excita sin contemplación las pasiones de aquel hombre, acostumbrado á los éxitos, mimado por la fortuna, difícil de contentar, ardiente en la lucha, y capaz de todo, antes que quedarse á la mitad del camino de su objeto.

La manera de ir conociendo á Lucrecia irrita aún más sus deseos. Apenas si ha vislumbrado su cara, si sabe que es bonita, y la curiosidad entra por mucho en su malestar amoroso. La adivina tan sólo; ¿qué dirá, qué pensará, qué sufrirá el día en que le sea permitido contemplar aquella preciosa cabeza admirada de todo París?

Es de presumir que Lucrecia Vitel hará la conquista del barón. A una señal suya se echará á sus pies, y como es probable que no se levante de ellos, sufrirá las torturas que le tiene preparadas. Después, satisfecha, vengada, el señor Vitel

le borraré de su lista, de su libro mayor, y al lado de su nombre y de la injuria consignada, al margen escribiré esta palabra: «pagó».

¡Ah, no! El asunto no terminó así.

## XIX

En la penúltima semana del Carnaval, que el barón de Roizel pasaba bastante alegremente, la baronesa hablaba de los bailes de la Ópera con una amiga:

—Os aseguro, querida—decía la señora de B.—que una mujer honrada puede una vez ó dos, por curiosidad, ir á ese sitio. Se pinta con colores más negros de lo que es en realidad. No hablo, es claro, del vestíbulo y de los pasillos, que se pueden atravesar para formarse idea de ellos,